

Charles Dickens

Tiempos difíciles

Traducción de José Luis López Muñoz



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Hard Times*

Primera edición: 2010

Segunda reimpresión: 2018

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño cubierta: Manuel Estrada

Imagen: © Corbis / Cordon Press

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: José Luis López Muñoz: 2010

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2010, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-7423-0

Depósito legal: B. 39.380-2010

Composición: Grupo Anaya

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9 Personajes

Libro uno. La siembra

- 13 1. La única cosa necesaria
- 15 2. La matanza de los inocentes
- 25 3. Una escapada
- 33 4. El señor Bounderby
- 44 5. La nota dominante
- 54 6. El circo ecuestre de Sleary
- 74 7. La señora Sparsit
- 85 8. No usar nunca la imaginación
- 94 9. Los progresos de Sissy
- 106 10. Stephen Blackpool
- 115 11. Sin escape posible
- 127 12. La anciana
- 135 13. Rachael
- 147 14. El gran fabricante
- 155 15. Padre e hija
- 167 16. Marido y mujer

Libro dos. La siega

- 179 1. Consecuencias en el banco
- 200 2. El señor James Harthouse

213	3. El galopín
221	4. Obreros y hermanos
234	5. Obreros y patronos
245	6. Desaparición
264	7. Pólvora
284	8. La explosión
304	9. La última palabra
318	10. La escalera de la señora Sparsit
325	11. Cada vez más abajo
339	12. En el fondo del abismo

Libro tres. La cosecha

349	1. Otra cosa necesaria
359	2. Muy ridículo
374	3. Muy decidido
387	4. Desaparecido
402	5. Encontrada
416	6. A la luz de las estrellas
432	7. En busca del galopín
450	8. Filosófico
460	9. Final

Personajes

Bitzer, alumno aventajado en la escuela modelo del señor Gradgrind.

Stephen Blackpool, operario honrado y muy trabajador de un telar mecánico en la fábrica del señor Bounderby.

El señor Josiah Bounderby, fabricante jactancioso y acomodado.

El señor E. W. B. Childers, miembro de la compañía del circo Sleary.

El señor Thomas Gradgrind, comerciante al por mayor de ferretería, ya retirado.

Thomas Gradgrind, su hijo menor; un galopín egoísta y malintencionado.

El señor James Harthouse, amigo del señor Gradgrind.

Signor Jupe, payaso del circo Sleary.

El señor M'Choakumchild, profesor en la escuela modelo del señor Gradgrind.

Slackbridge, agitador sindicalista.

El señor Sleary, hombre corpulento y fofo, propietario de un circo.

La señora Blackpool, esposa de Stephen Blackpool, una mujer borracha y disoluta.

Emma Gordon, miembro de la compañía del circo Sleary.

La señora Gradgrind, esposa con pocas luces del señor Thomas Gradgrind.

Jane Gradgrind, hija menor de la anterior.

Louisa Gradgrind, hija mayor de los señores Gradgrind; más adelante esposa de Josiah Bounderby.

Cecilia Jupe (Sissy), hija del *signor* Jupe, payaso de circo.

La señora Pegler, anciana misteriosa, marchita pero alta y bien proporcionada.

Rachael, obrera textil; amiga de Stephen Blackpool.

Lady Scadgers, anciana gorda; tía abuela de la señora Sparsit.

Josephine Sleary, joven rubia; hija del señor Sleary, propietario del circo de su mismo nombre.

La señora Sparsit, dama de avanzada edad; ama de llaves del señor Bounderby.

Libro uno
La siembra

1. La única cosa necesaria

—Vamos a ver: lo que quiero son hechos. Que a estos niños y a estas niñas no se les enseñen más que hechos. Lo único que se necesita en la vida son hechos. No hay que plantar nada más y, en cambio, hay que arrancar todo lo que no sean hechos. Sólo se puede formar la mente de unos animales raciocinantes a partir de los hechos: ninguna otra cosa les será de utilidad. Tal es el principio con el que educo a mis hijos y es el principio que empleo con estos niños. ¡Cíñase a los hechos, señor mío!

La escena se desarrollaba en un aula sencilla, sin adornos, monótona, y el cuadrado dedo índice del orador recalcaba sus observaciones acompañando cada frase con una línea trazada en la manga del maestro. Contribuía al énfasis la frente del orador, semejante a una pared, con las cejas como cimientó, al tiempo que sus ojos encontraban un cómodo refugio en dos oscuras cuevas, ensom-

brecidas por la pared superior. Contribuía al énfasis la boca del orador, que era grande, de labios finos y gesto duro. También contribuían su voz, que era inflexible, seca y dictatorial, y sus cabellos, que se le erizaban en los bordes de la calva cabeza, una plantación de abetos para resguardar del viento su reluciente superficie, toda cubierta de bultos, semejante a la costra de una tarta de ciruelas, como si la cabeza no tuviese suficiente espacio para almacenar todos los hechos indiscutibles que guardaba en su interior. El porte obstinado, la chaqueta recta, las piernas como troncos, los hombros cuadrados –más aún, el pañuelo del cuello, colocado para rodear la garganta en actitud nada complaciente, como un hecho mostrenco, por así decirlo–, todo contribuía a aumentar el énfasis de sus aseveraciones.

–¡En esta vida, sólo queremos hechos, señor mío; nada más que hechos!

El orador, el maestro y el tercer adulto presentes retrocedieron un poco, y recorrieron con los ojos el plano inclinado, repleto de pequeñas vasijas, allí y en aquel momento colocadas en orden, dispuestas para que litros y más litros de hechos les fueran vertidos hasta llenarlas por completo.

2. La matanza de los inocentes

Thomas Gradgrind, señor mío. Un hombre de realidades. Un hombre de hechos y de cálculos. Un hombre que se rige por el principio de que dos y dos son cuatro, y nada más, y al que no hay manera de convencer para que vaya más allá. Thomas Gradgrind, para servirle, Thomas en breve, Thomas Gradgrind. Con una regla y un peso, y la tabla de multiplicar siempre en el bolsillo, señor mío, listo para pesar y medir cualquier parcela de la naturaleza humana, y de decirle exactamente hasta dónde llega. Es una simple cuestión de cifras, un caso de pura aritmética. Quizá tenga usted la esperanza de meter alguna otra absurda creencia en la cabeza de George Gradgrind, o de Augustus Gradgrind, o de John Gradgrind, o de Joseph Gradgrind (todas personas inventadas, inexistentes), pero no en la cabeza de Thomas Gradgrind, ¡de ninguna manera, señor mío!

Tales eran los términos con los que, en su interior, el señor Gradgrind se presentaba siempre, tanto en su círculo privado de amistades como ante el público en general. En los mismos términos, sin duda, pero cambiando «señor mío» por «niños y niñas», Thomas Gradgrind presentaba ahora a Thomas Gradgrind a los pequeños recipientes que tenía delante y a los que había que colmar de hechos.

A decir verdad, mientras sus ojos centelleaban con entusiasmo desde el refugio antes mencionado, Thomas Gradgrind parecía algo así como un cañón cargado a tope de hechos, y preparado para barrer irrevocablemente a sus oyentes del reino de la infancia con la primera descarga. También parecía un aparato galvanizador, cargado con un siniestro mecanismo, preparado para sustituir las tiernas fantasías infantiles que era preciso barrer.

—Niña número veinte —dijo el señor Gradgrind, señalando decididamente con su cuadrado dedo índice—. No la conozco. ¿Quién es esa niña?

—Sissy Jupe, señor —explicó la alumna número veinte, que procedió a ruborizarse, a ponerse en pie y a hacer una reverencia.

—Sissy no es un nombre —dijo el señor Gradgrind—. No digas que te llamas Sissy. Di que te llamas Cecilia.

—Mi padre me llama Sissy —respondió la niña con voz temblorosa y una segunda reverencia.

—Pues no tendría que hacerlo —dijo el señor Thomas Gradgrind—. Dile que no debe. Cecilia Jupe. Veamos. ¿A qué se dedica tu padre?

—Trabaja en el circo ecuestre, con su permiso, señor.

El señor Gradgrind frunció el ceño y rechazó con un gesto de la mano aquella ocupación inaceptable.

—Aquí no queremos saber nada de eso. No nos debes hablar de esas cosas. Tu padre doma caballos, ¿no es eso?

—Con su permiso, señor, cuando en el circo consiguen alguno para domar, doman caballos en la pista.

—No debes hablarnos aquí del circo. Muy bien, entonces. Describe a tu padre como domador. Trata a caballos enfermos, me atrevo a suponer.

—Sí, señor, sí.

—Muy bien, entonces. Es, por tanto, veterinario, herbero y domador. Dame tu definición de caballo.

(Sissy Jupe no pudo ocultar su inquietud ante aquella pregunta.)

—¡La niña número veinte es incapaz de definir un caballo! —dijo el señor Gradgrind para beneficio general de todos los pequeños recipientes—. ¡La niña número veinte no está en posesión de ningún hecho con referencia a uno de los más comunes entre los animales! Veamos la definición de caballo de algún niño. La tuya, por ejemplo, Bitzer.

El dedo cuadrado, moviéndose de aquí para allá, aterrizó de repente sobre Bitzer, quizás porque dio la casualidad de que estaba sentado bajo el mismo rayo de sol que —introduciéndose por una de las desnudas ventanas del aula intensamente encalada— iluminaba a Sissy. Porque los niños y las niñas se sentaban sobre la superficie del plano inclinado en dos grupos compactos, separados en el centro por un estrecho pasillo; y a Sissy, por estar en el extremo de una hilera en el lado soleado, le corres-

pondría el comienzo de un rayo de sol, del que Bitzer, por estar en el extremo de una hilera al otro lado, unas cuantas filas por delante, le tocaba el final. Pero si bien la niña tenía unos ojos y un pelo tan oscuros que parecía recibir del sol, cuando la iluminaba, un color más intenso y lustroso, el niño tenía unos ojos y un pelo tan claros que los mismísimos rayos parecían privarle del escaso color que poseía. Sus fríos ojos apenas habrían sido ojos de no ser por las breves pestañas que, al situarlos en inmediato contraste con algo aún más pálido que ellos mismos, expresaban su forma. Su pelo, muy corto, podría haber sido una simple continuación de las rubias pecas de su frente y de su rostro. Su piel estaba tan desagradablemente privada de color natural, que parecía probable, en el caso de hacerse un corte, que la sangre que manara de sus heridas fuese blanca.

—Bitzer —dijo Thomas Gradgrind—. Tu definición de caballo.

—Cuadrúpedo. Graminívoro. Cuarenta dientes, a saber, veinticuatro muelas, cuatro colmillos y doce incisivos. Muda de pelaje en primavera; en regiones pantanosas muda también de pezuñas. Pezuñas duras, pero necesitadas de herraduras. Edad conocida por marcas en la boca.

Así (y mucho más) Bitzer.

—Ahora, niña número veinte —dijo el señor Gradgrind—. Ya sabes lo que es un caballo.

Sissy hizo una nueva reverencia y se habría ruborizado aún más si le hubiera sido posible hacerlo. Bitzer, después de parpadear en dirección a Thomas Gradgrind con ambos ojos, y de captar así la luz con los estremeci-

dos bordes de sus pestañas de tal manera que parecieron las antenas de unos insectos muy atareados, se colocó los nudillos sobre la frente pecosa y volvió a sentarse.

A continuación el tercer caballero dio un paso al frente. Un hombre poderoso a la hora de cortar y secar; un funcionario del gobierno; a su manera (y a la de otras muchas personas), un púgil profesional; siempre entrenándose, siempre con un sistema que hacer tragar –como si se tratase de una píldora– a la garganta del público en general, siempre pontificando desde el púlpito de su insignificante cargo oficial, dispuesto a combatir contra toda Inglaterra. Para continuar con la metáfora pugilística, un verdadero genio para llegar a las manos, dondequiera que fuese y por cualquier motivo, y para demostrar que era un hueso duro de roer. Subía al cuadrilátero y golpeaba el tema en cuestión con la derecha, a la que seguía la izquierda, parada, cambio, réplica, empujón a su oponente (su adversario era de manera invariable Inglaterra en su totalidad) contra las cuerdas para echársele encima sin vacilar. Siempre tenía la seguridad de dejar sin aliento al sentido común, y sordo a la cuenta del árbitro al desventurado adversario. De manera que había recibido de las autoridades superiores el encargo de preparar la llegada de un reino milenario de la burocracia, en el que los funcionarios gobernarían la tierra.

–Muy bien –dijo aquel caballero, sonriendo con energía y cruzándose de brazos–. Eso es un caballo. Pero ahora, permitidme que os pregunte, niñas y niños, ¿empapelaríais una habitación con representaciones de caballos?

Después de una pausa, la mitad de los pequeños gritó a coro:

—¡Sí, señor!

Acto seguido, la otra mitad, al ver en el rostro del caballero que el «sí» era un error, gritó a coro:

—¡No, señor! —como es costumbre en este tipo de pruebas.

—Por supuesto que no. ¿Y por qué no?

Una pausa. Un chico rollizo y lento, de respiración jadeante, aventuró una respuesta, porque él no empapelaría nunca una habitación, sino que la pintaría.

—Pero es que *tienes* que empapelarla —dijo el caballero, bastante acalorado.

—Tienes que empapelarla —repitió Thomas Gradgrind—, te guste o no te guste. No nos digas que no la empapelarías. ¿Qué pretendes con eso, muchacho?

—Os voy a explicar, entonces —dijo el caballero, después de otra pausa deprimente—, por qué no empapelaríais una habitación con representaciones de caballos. ¿Habéis visto alguna vez en la realidad caballos que suban y bajen por las paredes de una habitación? ¿Los habéis visto de hecho? ¿Sí?

—¡Sí, señor! —desde una mitad.

—¡No, señor! —desde la otra.

—Por supuesto que no —dijo el caballero, con una mirada de indignación a la mitad equivocada—. Y la consecuencia es que no hay que ver en ningún sitio lo que no se ve de hecho. Lo que llamamos «buen gusto» no es más que otro nombre para «de hecho».

Thomas Gradgrind asintió para mostrar su aprobación.

—Esto es un nuevo principio, un descubrimiento, un gran descubrimiento —dijo el caballero—. Ahora os voy a poner de nuevo a prueba. Supongamos que vais a alfombrar una habitación. ¿Utilizaríais una alfombra con una representación de flores?

Como existía ya el convencimiento general de que «¡No, señor!» era siempre la respuesta acertada con aquel caballero, el coro del «no» fue muy decidido. Sólo unos pocos y débiles rezagados dijeron «sí» y, entre ellos, Sissy Jupe.

—Niña número veinte —dijo el caballero, sonriendo con la fuerza tranquila que proporciona el conocimiento.

Sissy se ruborizó y se puso en pie.

—De manera que alfombrarías tu habitación, o la habitación de tu marido, si fueras ya una mujer y tuvieras marido, con representaciones de flores, ¿no es eso? —dijo el caballero—. ¿Y por qué lo harías?

—Con su permiso, señor, me gustan mucho las flores —respondió la niña.

—¿Y sería ése el motivo de que les pusieras mesas y sillas encima, y que personas con pesadas botas las pisaran?

—No les harían daño, señor. No se aplastarían ni se pondrían lacias, con su permiso, señor. Serían la representación de lo que es bonito y agradable, y yo imaginaría...

—¡Ay, ay, ay! Pero es que no debes imaginar —exclamó el caballero, encantado de haber llegado sin el menor esfuerzo a donde quería—. ¡De eso se trata! Nunca tienes que imaginar.

—Nunca tienes que hacer, Cecilia Jupe —repitió solemnemente Thomas Gradgrind—, nada por el estilo.

—¡Hechos, hechos, hechos! —dijo el caballero. Y «¡Hechos, hechos, hechos!» repitió Thomas Gradgrind.

—Has de guiarte y dejarte gobernar en todas las cosas —dijo el caballero— por los hechos. Esperamos contar, antes de que pase mucho tiempo, con un consejo de hechos, compuesto por comisarios de hechos, que forzarán a la gente a ser personas de hechos y de nada más que hechos. Tienes que desterrar por completo la palabra imaginación. No has de tener nada que ver con ella. No habrás de tener, en ningún objeto de uso ni en ningún adorno, nada que esté en contradicción con los hechos. En la realidad no caminas sobre flores; no se te puede permitir que camines sobre flores en alfombras. Tampoco sucede que ni pájaros desconocidos ni mariposas vengan a posarse en tu vajilla; no se te puede permitir que pintes pájaros desconocidos ni mariposas en una vajilla. Nunca te encuentras cuadrúpedos que suban y bajen por las paredes; no tienes que tener cuadrúpedos representados en las paredes. Habrás de usar —siguió el caballero— para todas esas finalidades, combinaciones y modificaciones (en colores primarios) de figuras matemáticas que son susceptibles de prueba y demostración. Ése es el nuevo descubrimiento. Eso son hechos. Eso es buen gusto.

La niña hizo una reverencia y volvió a sentarse. Era muy pequeña y dio la sensación de estar muy asustada ante las perspectivas de realismo que el mundo le ofrecía.

—Ahora, si el señor M'Choakumchild —dijo el caballero— se dispone a dar aquí su primera clase, señor Gradgrind, observaré con mucho gusto, a petición de usted, su forma de proceder.

El señor Gradgrind se mostró muy agradecido.

—Señor M'Choakumchild, somos todo oídos.

De manera que el señor M'Choakumchild inició su exposición de la mejor de las maneras. Tanto él como otros ciento cuarenta maestros se habían licenciado hacía muy poco en la misma fábrica, con los mismos principios, como otras tantas patas de piano. Al señor M'Choakumchild se le había sometido a una inmensa variedad de pautas y había contestado a volúmenes de preguntas que eran verdaderos quebraderos de cabeza. Dominaba de cabo a rabo, con helada competencia, ortografía, etimología, sintaxis y prosodia, biografía, astronomía, geografía y cosmografía general, teoría de las proporciones, álgebra, agrimensura y nivelación, canto vocal y dibujo con modelos. Con mucho esfuerzo se había abierto camino hasta el muy honorable consejo privado de su Majestad, sección B, y había recogido las flores de las ramas más altas de las ciencias físicas y matemáticas, así como del francés, del alemán, del latín y del griego. Sabía todo lo que había que saber sobre las cuencas hidrográficas (sean lo que sean) de todo el mundo, y todas las historias de todos los pueblos y todos los nombres de todos los ríos y de todas las montañas, y todos los productos, educación y costumbres de todos los países, y todas las fronteras y su situación según los treinta y dos puntos de la rosa de los vientos. Ah, más bien demasiado sabio, M'Choakumchild. Si hubiera aprendido un poco menos, ¡qué infinitamente mejor podría haber enseñado mucho más!

Para afrontar aquella clase preparatoria M'Choakumchild puso manos a la obra de manera no muy distinta a

la de Morgiana en *Alí Baba y los cuarenta ladrones*: miró en el interior de los recipientes que tenía delante, uno tras otro, para ver lo que contenían. Dinos, amable M'Choakumchild, cuando de tu hirviente almacén llenes cada una de las pequeñas vasijas hasta el borde, ¿crees que conseguirás siempre matar bien muerto al ladrón Fantasía que se esconde dentro o temes que a veces sólo vas a conseguir mutilarlo y deformarlo?

3. Una escapada

El señor Gradgrind volvía a su casa desde la escuela en un estado de considerable satisfacción. Se trataba de su escuela y se proponía que sirviese de modelo. También se proponía que todos sus alumnos fueran otros tantos modelos, tal como lo eran los jóvenes Gradgrind.

Los hijos de Gradgrind eran cinco y todos modélicos. Se los había indocinado desde su más tierna edad y se los había acosado como a lebratos. Apenas empezaron a caminar, se les hizo correr hasta las aulas. El primer objeto con el que se relacionaron, o del que tenían recuerdo, era un enorme encerado en el que un ogro impasible dibujaba con tiza espantosas figuras blancas.

Y no es que supieran, por nombre o por naturaleza, nada sobre ogros. ¡Los hechos no lo quieran! Sólo utilizó esa palabra para representar a un monstruo en un castillo-escuela, con sólo Dios sabe cuántas cabezas concentradas en una, que mantenía cautiva a la infancia y la